

**Jorge Volpi, *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968*, México, Era, 1998, 455 p.**

José Antonio Aguilar

El año de 1998 fue nostálgico como pocos. Los 30 años transcurridos desde el movimiento estudiantil produjeron un sinfín de conmemoraciones, actos públicos, pleitos y libros. En 1998 se publicaron no menos de cinco nuevas obras que recapitulaban, analizaban o canonizaban el 68 mexicano. Este *boom* conmemorativo dejó poco espacio para la reflexión no celebratoria. Probablemente el libro más ambicioso de los que vieron la luz ese año fue *La imaginación y el poder*, de Jorge Volpi. Yo, al igual que Volpi, nací el año de la masacre, el 68: nuestra edad es la edad del mito. En estricto sentido, nosotros somos los hijos del 68. Si la fecha de nacimiento constituye algo así como un mandato generacional, ¿quién mejor armado para analizar el evento de mayor poder simbólico de la segunda mitad del siglo que el crítico y novelista Volpi?

Su libro es un tributo al poder de la nostalgia, y la nostalgia es la abdicación de la memoria. El anhelo nos-

tálgico obstaculiza el uso constructivo del pasado porque lo congela en una imagen perfecta, ideal, inmutable. El subtítulo de *La imaginación y el poder* debió ser "Una crónica intelectual de 1968". El anhelo nostálgico llevó a Volpi a tratar de encontrar en el pasado algo inexistente: una historia intelectual del movimiento estudiantil. Dónde se encuentra la sustancia de esa historia no es claro en lo absoluto. Por eso Volpi confunde la descripción con el análisis. *La imaginación y el poder* es una obra sin centro, sin un eje analítico que permita el ordenamiento de los acontecimientos narrados. A ello se debe que el autor eligiera la cronología para ordenar su libro. Son los días y los meses los que marcan el transcurso de esta narración; la crónica de una masacre anunciada.

El libro de Volpi revela cómo se ha construido la memoria colectiva sobre el 68 en México; es un libro excesivo, como lo es el recuerdo ideal-

zado del movimiento. De ahí la narración indiscriminada de todos los eventos, día a día, de ese año; la reproducción en extenso —en su totalidad— de largos fragmentos de artículos periodísticos; las digresiones sobre autores de la vida intelectual.

A veces Volpi glosa, pero en general, comenta, los textos que reproduce. A ratos el lector no sabe bien si lo que está entre sus manos es un análisis sobre el 68 o una antología comentada de la prensa escrita. Volpi no cuenta con un cedazo que le permita separar lo relevante de lo irrelevante, lo sustantivo de lo superficial. El libro podría reducirse, sin gran desmedro, a una cuarta parte de su extensión. Es, simplemente, que el 68 no podía tener una historia intelectual de menos de 400 páginas.

Aquellos que no sean presa del embrujo nostálgico del 68 encontrarán muy extraño que una “bitácora de la actividad literaria y política” de los escritores y artistas de México pueda constituirse a partir de un solo suplemento cultural: *La cultura en México*. Volpi explica:

la idea es seguir el desarrollo, semana a semana, del grupo intelectual más importante y amplio con que contaba el país; seguir su itinerario a lo largo de 1968 como quien narra, asimismo, una crónica de familia.

Los artículos publicados en *La cultura en México* contrastan “con la pasmosa uniformidad de los demás medios y, sobre todo, con el monótono discurso del gobierno”. En cierto sentido, afirma Volpi, “la historia de 1968 no es otra que la realizada [...] en las

páginas de *La cultura en México*”. Llamar a este recuento de opiniones “historia intelectual” es un exceso. El año de 1968 es sólo un momento en la historia intelectual reciente de México. El propósito de los historiadores intelectuales es dar cuenta de los orígenes y la permanencia de ciertas ideas, modos de pensar y valores. Como una forma de reflexión moral, la historia intelectual analiza críticamente corrientes y debates. Es verdad que en la historia de la civilización ocurren “momentos” de extraordinaria creatividad artística y fermento intelectual durante los cuales se escriben grandes obras y se generan ideas de largo aliento en la reflexión política. Es el caso de la Viena de Wittgenstein o de la Florencia de Maquiavelo (véanse Allan Janik y Stephen Toulmin, *La Viena de Wittgenstein*, Madrid, Taurus, 1974; y J. G. A. Pocock, *The Machiavellian Moment. Florentin Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*, Princeton, Princeton University Press, 1975). En México, los años treinta fueron de enorme creatividad cultural e intelectual. El debate entre cosmopolitas y nacionalistas, los ensayos y poemas de los “contemporáneos” y el muralismo, son sólo botones de muestra de ello (Guillermo Sheridan, *Los Contemporáneos, ayer*, México, FCE, 1993). Por el contrario, pocos piensan que el movimiento estudiantil hubiese producido en su momento libros, ensayos y debates de una importancia intelectual tal que rebasara su circunstancia inmediata. Los escritos de los intelectuales, en realidad, fueron accesorios. Como el propio Volpi reco-

noce: "una vez iniciado el movimiento, los intelectuales apenas pudieron hacer otra cosa que redactar proclamas y manifiestos, temer las detenciones y tratar de interpretar los hechos". La interpretación de Volpi deforma el 68 al sobreintelectualizarlo. En realidad, el capítulo intelectual del movimiento es breve: el 68 produjo sólo un puñado de poemas importantes.

¿Por qué entonces intentar construir con material insuficiente una ambiciosa "historia intelectual", ya no se diga de la década, sino de un año? La respuesta la proporciona Carlos Monsiváis:

[...] en el campo de la cultura la escasez de resonancias absolutamente comprobables no disminuye el impacto del 68, ni los interrogantes al respecto. Así estamos al tanto de que el Movimiento impulsa la crítica, traslada el ánimo antiautoritario a los terrenos del arte y la cultura, determina de manera sustancial el apoyo del Estado a la masificación de la enseñanza superior y es el epitafio vibrante del nacionalismo cultural ["Las ceremonias del olvido y del agravio", *Viceversa*, núm. 65, octubre 1998, p. 40].

Los textos que Volpi rescata de la hemeroteca son como los textos juveniles de un autor descubierto en su madurez. Entonces, de pronto, esos escritos ignorados son sacados a la luz gracias a un interés retrospectivo. Si bien la acción directa de los intelectuales fue escasa, ineficaz, afirma Volpi, "no puede decirse lo mismo del impacto que, a la larga, sus opiniones han adquirido en la conformación de

la opinión pública nacional". Lo que habría que estudiar no es la participación de los intelectuales en el 68, sino la opinión pública nacional y sus "conformaciones".

Volpi narra en detalle todos los eventos importantes de ese año, tanto de México como del resto del mundo. ¿Cuál fue su importancia para el movimiento? Para el observador externo es evidente que el 68 en México fue distinto de los movimientos estudiantiles de Francia y de Estados Unidos. En México no había un sentimiento de solidaridad internacional. Los estudiantes mexicanos

habrán escuchado a los Beatles, adoptado nuevos cortes de pelo del extranjero y pensado en la forma en que sus acciones los relacionaban con estudiantes en otras partes: pero su obsesión era México y su Presidente. Los que protestaban tampoco estaban centralmente preocupados por la cultura material de los tiempos modernos ni por el capitalismo [...] No veían su nación como parte de la economía global. No se hablaba de la autogestión, la demanda de reorganización económica ni de dar poder a los trabajadores, banderas que en parte motivaron a los estudiantes en Francia. De manera más significativa, en vano buscaríamos en los estudiantes mexicanos un comportamiento individualizante o las preguntas profundamente angustiosas que tanta gente joven en Estados Unidos y Europa se hacía durante los sesenta. El nihilismo y el relativismo que muchos tuvieron por centrales en esos movimientos estudiantiles difícilmente estaban presentes en México [véase Herbert Braun, "Protest of

Engagement: Dignity, False Love, and Self-Love in Mexico during 1968", *Comparative Studies in Society and History*, vol. 39, núm. 3, julio de 1997, p. 540].

Aquí había enojo con el autoritarismo, no *angst*. Los estudiantes mexicanos no acabaron por cuestionarse a sí mismos de una manera tan personal como lo hicieron sus contrapartes en Europa y América del Norte ni tampoco sintieron la necesidad de separarse de su sociedad para seguir un estilo de vida moral en pequeñas comunidades. No eran *hippies*. El contenido contracultural del movimiento era escaso. Por estas razones, una buena parte del libro de Volpi es irrelevante para comprender las motivaciones intelectuales de los participantes en el movimiento del 68. En *La imaginación y el poder* se consigna en diez páginas (187-197) que Marcuse estuvo en México y que alguna influencia tuvo en el suceso; sin embargo, al final del libro el mismo Volpi afirma: "[...] eran muy pocos quienes leían a Marcuse y se lanzaban contra la alineación [...]"

Debemos preguntarnos por qué la historia que cuenta Volpi resulta hoy tan poco subversiva. Tiene razón el autor cuando en las conclusiones del libro afirma que

[...] se ha querido convertir al movimiento estudiantil de 1968 en el centro de la historia política del país. En esta versión de 1968, doblemente edulcorada, el gobierno insiste en que la masacre fue sólo un exceso, un desvío de poder legítimo que no volverá a repetirse, mientras que los defen-

sores del movimiento aseguran, por su parte, que todas las conquistas democráticas de la sociedad derivan de él.

Las elites intelectuales de México, afirma Herbert Braun, entienden que las protestas de 1968 constituyeron un paso crítico en la larga transición de México a la democracia (1997, pp. 511-549). El Estado permitió que los militantes del 68 y la elite intelectual convirtieran su interpretación en la historia oficial del movimiento. De esta forma el Estado ofreció a las víctimas del 68 una especie de compensación retórica y simbólica. Además, la visión teleológica de los militantes del 68 —en la cual ellos eran los liberadores del poder paternalista del presidente y los que habían iniciado la marcha hacia la ciudadanía— era perfectamente compatible con el proceso de modernización promovido por el Estado. El 68 no es una historia de ruptura sino de continuidad. Como afirma Braun, en México el viejo orden emergió renovado.

Las conclusiones de Volpi, creo, subsanan en mucho los excesos de su libro. El autor hace un llamado a la evaluación mesurada del 68. "Una conmemoración acertada de 1968 debería —afirma—, en principio, tratar de olvidar el mito de Tlatelolco". Afirmar que el movimiento estudiantil de 1968 cambió a México, "es una metáfora hermosa pero improbable. Resulta difícil creer que la verdadera apertura democrática, iniciada hace muy poco, sea meramente una de sus consecuencias tardías". Tlatelolco, dice Volpi,

“no debe ser visto como un parte-aguas que divide la historia de México en un antes y un después, sino como un episodio central –acaso el más doloroso, pero no el único ni, quizás, el más importante– de la prolon-

gada lucha por la democracia en el país”.

Por desgracia, aun los observadores más lúcidos a veces sucumben ante el embrujo de la nostalgia.